III

El carro con bancos.—Los Fellahines.—Las llanuras de Esdrelón.—El accidente.

Diversos caminos más ó menos pintorescos conducen á Nazaret, pero sólo por uno pueden transitar los carruajes. Este es precisamente el que nosotros seguimos, colocados en una suerte de *coche* que no es otra cosa que un horrible carro con bancos, cuyos perpetuos crujidos producen á cada instante la desagradable impresión de un próximo accidente. Poco á poco se va uno acostumbrando y comienza á maravillarse del espectáculo que se ofrece á la vista, hasta que las penosas sensaciones ceden al fin el plazo á la admiración.

Durante un cuarto de hora gozamos de la hermosa vista de los jardines y palmeras que cubren las costas de Caifa, penetrando después en la célebre llanura de San Juan de Acre surcada por los numerosos afluentes del Cisón. Es verdaderamente magnífica, y sería indudablemente una de las más fértiles del globo, si una mano de hierro no dejase sentir su irresistible peso así sobre el suelo como sobre los habitantes, no dejando tras de sí más que ruinas y desiertos.

Llegados junto á *El-Hartieh*, pequeña aldea rica en buenas aguas y rodeada de verdor, hicimos alto para desayunarnos á la orilla de un bosque lleno de olivos, de lentiscos, de robles y de plantas de todas suertes. Quedamos verdaderamente poseídos por la impresión de la soledad y la majestad del más profundo silencio. El cielo es espléndido, el sol juguetea por entre el follaje, pájaros brillantemente coloreados saltan de rama en rama, levantamos innumerables perdices apenas salvajes que corren por la hierba cual si fueran gallinas domésticas. Algunos fellahines vienen á frecernos agua de la fuente, frutas y leche. Su tímida y dulce fisonomía, la gravedad de su marcha, la gracia de sus movimientos, su antiguo traje, el lugar, las circunstancias todas del acto tan simple que acababan de ejecutar, todo contribuía á transformarlo en episodio bíblico.

Al salir de *El-Hartieh*, el país cambia de aspecto: empiezan

á verse colinas cultivadas y plantadas de olivos, zarzales cubiertos de blancas flores extraordinariamente bellas y algunos claros tapizados de fina y olorosa hierba. Estas colinas, estrechándose entre sí, forman una serie de desfiladeros que desembocan en la inmensa llanura de Esdrelón, que, á pesar de los estragos del desmonte, es todavía la justa admiración de todos los viajeros. Aunque estamos todavía en Mayo, se hallan allí las mieses en toda su madurez, y los *fellahs*, con claros trajes y la cabeza cubierta con multicolores *kafiehs*, se destacan admirablemente sobre el rastrojo y las gavillas cargadas de doradas espigas.

Después de este alegre paisaje encontramos un suelo inculto y pedregoso. Para llegar á Nazaret es necesario trepar una cuesta muy pendiente por un camino sobre piedra y resbaladizo, pero la vista que desde allí se descubre es soberbia. Nos agradaba mucho el contemplar aquellas colinas redondeadas, áridas unas, otras cultivadas, y todas envueltas en los vapores violáceos que anuncian la proximidad de la noche, cuando sentimos de repente un choque violento que nos arroja por tierra. La causa fué que se había salido de su lugar una rueda de nuestro *excelente coche*. Volcamos, pero felizmente sin hacernos daño; sólo el pobre conductor recibió una contusión. Hora y media nada menos se tardó en arreglar el carro y colocar en él el equipaje, de suerte que por este retraso no llegamos á Nazaret hasta cerrada la noche.

IV

Nazaret.—La gruta de la Anunciación y del Fiat. Visita al Padre Guardián.

Llegados al convento Franciscano, cuyas puertas se abrieron á nuestro llamamiento, se nos sirvió una confortativa cena y se nos dió una habitación limpia y bien amueblada, en donde el reposo vino felizmente á reparar las fatigas de la jornada. El toque del *Angelus* nos sirvió de despertador, y muy alegres de hallarnos en Nazaret, nos apresuramos á visitar cuanto antes el lugar benditísimo en que el ángel Gabriel apareció á la Virgen María hace bien pronto diez y nueve siglos.

La gruta de la Anunciación es un anejo de la modesta casa de la Santa Familia, transportada milagrosamente á Loreto. Allí oímos la Misa votiva de la Virgen, cuya sagrada liturgia refiere la aparición del Angel á María, el admirable coloquio en que se expone con precisión admirable el fin de la celestial embajada, la turbación de la gran Reina, que, pura como la rosada aurora, no había aspirado jamás sino á los goces de la eterna luz, y, en fin, ese consentimiento de la humildad y obediencia, del que debía depender nuestra redención.

La sencilla, á la par que sublime, narración de San Lucas despertaba en nuestra alma una emoción profunda, que subió de punto aún en el momento de la consagración. Elevando los ojos hacia el altar me decía: «He aquí que á las palabras del sacerdote desciende de nuevo de las moradas eternas aquel mismo Redentor, que á un simple *fiat* de Nazaret vino *aquí* á encarnarse en sus castísimas entrañas, á restituir la vida á la humanidad y á devolver á la criatura decaída sus derechos á la herencia celestial.» ¡De qué sentimiento de respeto quedó poseído nuestro ser al hacer esta consideración, tan apropiada al lugar santísimo en que me hallaba!

Tres Padres Franciscanos se sucedieron en el altar. Cada vez que sobre este suelo, consagrado por el primer misterio de nuestra Redención, renueva el Eterno Padre el don infinito de su Hijo, ve el discípulo humilde del Pobrecillo de Asís mezclarse al sacrificio *como una hostia triunfal*, según la poética expresión de San Ambrosio.

La gruta de la Anunciación ha visto *renovarse su juventud como la del águila.*

Relegada casi al olvido por espacio de muchos siglos, brilla hoy con un resplandor permanente bajo las múltiples lámparas mantenidas por la piedad franciscana.

A todas las horas del día es visitada por peregrinos de todas las naciones. Fervorosas oraciones se elevan de continuo hacia María, Madre de la humanidad, y vuelven á bajar al mundo, convertidas en bendiciones para aquellos que las imploran. ¡Qué de favores obtenidos, ya en el orden temporal, ó bien en el espiritual! Curación ó alivio de los enfermos, cesación de los azotes que asolan las poblaciones; pero sobre todo la paz en la

unión de los corazones y las alegrías de una buena conciencia. Aquí se calman las pasiones, se reaviva la fe y los apegos insensatos del corazón quedan consumidos por las llamas del amor divino. Una fuente de vida y de pureza parece saltar de esta bendita roca, sobre la que se cierne la sombra benéfica de la Virgen Inmaculada. Aquellos á quienes regocija con sus prodigios vuelven á sus casas por todos los caminos del globo, cantando, en honor de la Reina de los Angeles, un glorioso himno de reconocimiento y admiración.

Dejando el santuario, que volveremos á ver más despacio, nos dirigimos al convento con objeto de visitar al Padre Guardián.

Nos recibió con esa benevolencia y sencillez de corazón que dan al extranjero venido de lejanos países la dulce ilusión de que habla con un amigo. El excelente religioso satisfizo cumplidamente á todas las cuestiones que le propusimos, con lo que adquirimos un conocimiento perfecto de cuanto sobre el santuario podíamos desear. Al fin de nuestra conversación nos dijo: «Vds. pasarán varios días en Nazaret y espero que nos volveremos á ver. Entre tanto, quiero ser su guía, que por la mañana no han hecho sino entrever.» Nos la enseñó, en efecto, en todos sus detalles, trazándonos al mismo tiempo las diversas fases de su existencia, á las que estuvieron siempre ligados los destinos del convento, así como también los de la pequeña ciudad y sus moradores. Esta visita fué un verdadero estudio monográfico é histórico, que transcribimos en aquella misma tarde, cuando estaba todavía muy fresco en la memoria.

Inmediatamente después de la Ascensión del Salvador, los fieles de Nazaret, testigos oculares de la larga permanencia de la Sagrada Familia entre ellos, perdiendo la esperanza de volver á ver á la Virgen en su ciudad, no tuvieron otro consuelo sino el de honrar la casa que había habitado. A este fin, la convirtieron en un lugar de oración y conservaron con diligente cuidado los pobres utensilios de que los Santos Esposos y su divino Hijo se habían servido. Después de haber registrado este primer homenaje, la historia enmudece sobre la Santa Casa, quedando cubierta en el silencio y obscuridad. En la renovación del mundo, en el movimiento incesante de los años y en medio de las persecuciones levantadas contra la Iglesia

naciente, fué, sin duda alguna, un designio adorable de la Providencia el que quedase durante tres siglos protegida por el olvido.

V

Santa Elena.—San Luis.—El exvoto.—La traslación de la Santa Casa.

Pertenecía á la piadosa madre de Constantino, cuyo nombre irá asociado á la resurrección de los monumentos todos de Palestina, el hacer salir de sus ruinas la Casa Santa, y restituirla á la veneración de los fieles.

Después de haber recobrado los santuarios de la Judea, Santa Elena descendió á Galilea. Invadida por el sentimiento profético que se apoderó de San Ambrosio ante la sepultura desconocida de los gloriosos mártires Gervasio y Protasio, y confiando en el Dios que le había hecho encontrar la verdadera Cruz, puso valerosamente manos á la obra para arrebatar á las tinieblas el techo afortunado bajo el cual había pasado María gran parte de su vida mortal.

Nazaret, como las demás ciudades de la Galilea, había sido saqueada y entregada al pillaje, pero allá, en un callejón sin salida, había quedado sepultada, en sus tres cuartas partes bajo escombros, una morada cuya mala apariencia la debió preservar de la brutalidad de los soldados en busca de botín. La Emperatriz ordenó que se excavase en aquel sitio, y después de algunos días de trabajo fué puesta al descubierto una antigua casa. Ella fué la primera que entró. En la desnudez de las paredes, escasez y pobreza de los muebles, en el altar que todavía estaba en pie, en los desacostumbrados latidos del corazón y en la celestial unción que se apoderó repentinamente de su alma, Santa Elena conoció que había descubierto el objeto deseado.

Llena de gozo y animada de su celo, hubiera querido revestir la Santa Casa de mármol y de oro, pero considerando que no había sido profanada por los impuros simulacros como el Calvario y el Pesebre, juzgó más conveniente para la piedad de los fieles el dejarla en su rusticidad primera, y se contentó

con restaurar el altar. Al mismo tiempo, cediendo al consejo de su fe y piedad, ordenó que la *Santa Casa* fuese encerrada dentro de un templo magnífico bajo el título de la *Anunciación*. En su frontispicio hizo grabar esta inscripción tan breve como elocuente:

HÆC EST ARA, IN QUA PRIMO JACTUM EST
HUMANÆ SALUTIS FUNDAMENTUM.

Apenas inaugurada, la basílica de la Anunciación atrajo una muchedumbre prodigiosa. Al principio la visitaban únicamente los fieles de Oriente, mas después acudían presurosos los Pontífices y doctores de Occidente, los reyes y las reinas, las matronas más ilustres de la Ciudad Eterna, en fin, la Europa entera, representada por sus miriadas de caballeros y cruzados, entre los que sobresale la gran figura de San Luis rey de Francia.

Cuando el infortunado monarca, prisionero del sultán de Egipto, hubo reconquistado la libertad después de algunos años de esclavitud, se dirigió á Nazaret para dar las gracias á Aquella á quien la Iglesia ha dado entre otros el título de *Nuestra Señora de las Mercedes*.

Llegó allí precisamente el 25 de Marzo, día de la Anunciación. Se presentó en esta ciudad predilecta, no como rey, sino como penitente, no á caballo, sino á pie, no en la arrogante actitud de guerrero, sino con el aspecto y postura del más humilde de los peregrinos. Ordenó al Legado apostólico que celebrase allí una Misa solemne, en la que comulgó, cumpliendo en la casa de la Virgen el voto que no había podido cumplir en la tumba gloriosa del Salvador.

Queriendo después perpetuar el recuerdo de su visita, mandó pintar en la pared occidental de la Santa Casa á la Virgen con el niño Jesús, á cuyo lado quiso que se le representase con las vestiduras reales, teniendo en la mano derecha un hierro en símbolo de su esclavitud, y en la izquierda una caña en lugar de cetro, no queriendo llevar las insignias del poder ante la Reina de los Cielos.

VI

La destrucción de la Basílica.—Los demoledores.

Treinta y nueve años después de la partida de San Luis á consecuencia del saqueo de Tolemaida, cuando envalentonados los sarracenos por sus victorias se extendieron por Palestina como un torrente desvastador destruyendo hasta el último vestigio de la dominación latina, la Santa Casa de Nazaret desapareció repentinamente, no quedando de ella sino los cimientos. El Señor, confiándola á los cristianos de Occidente, ¿se la dió como una prenda particular de su amor, y como una compensación de la pérdida de los Lugares Santos, por cuyo rescate habían derramado tan generosamente su sangre? Graves autores lo afirman, mas otros, por el contrario, atribuyen la misteriosa traslación, no á la misericordia, sino á la cólera divina, provocada por la escandalosa apostasía de un obispo de Nazaret que renegó de Cristo para abrazar la ley de Mahoma. Este prevaricador, arrojando la mitra y el báculo pastoral, cubrió su cabeza con el turbante é invitó á la población á que siguiese su ejemplo. Todos los historiadores han referido este hecho, y la Iglesia, en testimonio de tal oprobio, suprimió el obispado de Nazaret, cuyo título fué simplemente reunido al de Barleta en la Pulla.

Entre tanto, ufanos los sarracenos por la conquista de San Juan de Acre, y siguiendo el curso de su despiadada venganza contra los cristianos y sus monumentos, destruyeron la basílica de la Anunciación, en la que hacía nueve siglos que no habían cesado de resonar los cánticos y oraciones del pueblo fiel. La cripta y sus dependencias fueron destinadas á usos profanos, y todas las riquezas artísticas que la iglesia debía á su ilustre fundadora, á la generosidad de los cruzados y á los demás católicos del mundo entero, vinieron á ser presa de las llamas. Más terrible aun que los siglos, el islamismo quería dar cuenta de estas preciosas reliquias del arte cristiano, testigos para él muy importunos de una fe que aborrecía.

Cuando consumaron su obra los demoledores, no se oyó sobre las humeantes ruinas otra voz que la del Profeta de los do-

lores exhalando su llanto en grandes gritos de desolación, y llamando con su oración ardiente días más felices para este santuario profanado.

Decía Tertuliano hablando del martirio: «El soldado de Cristo derribado en la arena, sufre mil tormentos, es colmado por golpes mil y mil veces repetidos por el tirano; pero no se hace una herida que no la compense con una palma, no derrama una gota de sangre que no sea cubierta por una corona; el número de victorias lo eleva sobre la violencia de sus enemigos.» Estas palabras del gran apologista pueden aplicarse á la basílica de la Anunciación, como se verá en la sucesión de nuestro relato.